



LA ALIANZA PROGRESISTA HACIA SU PRIMER CONGRESO

APUNTES SOBRE IDENTIDAD, CULTURA, IDEOLOGÍA Y PARTICIPACIÓN POLÍTICA

Septiembre 2007

Álvaro Méndez

Introducción

Hemos escuchado recurrentemente en nuestra participación en variadas reuniones y actividades políticas cuestionamientos respecto a qué es la Alianza Progresista, cuáles son sus lineamientos políticos y/o ideológicos, cómo se ubica en el espectro político nacional, dentro del FA y dentro del sistema de partidos en general. Se percibe una especie de crisis de identidad. ¿Qué? ¿Para qué? ¿Cómo? se crea y se recrea un sector político dentro del Frente Amplio como coalición de izquierda en el Uruguay del S XXI. Muchas veces nos encontramos con respuestas generales que aluden a un rasgo que constituye su principal fortaleza: “la unidad en la pluralidad”. Característica que también se le adjudica al Frente Amplio.

Más allá de las razones que circunstancialmente llevaron a la creación de este sector, las respuestas y definiciones sobre su razón de ser, sobre su misión, sus perspectivas futuras, deben repensarse, recrearse en relación a los cambios profundos que se han sucedido en los últimos años a nivel nacional, regional y mundial.

El presente documento se plantea contribuir al análisis de la Identidad de un sector político y en particular de la Alianza Progresista, procurando identificar los factores que influyen, proponer definiciones y sobre todo plantear preguntas e hipótesis que incentiven la creación de ámbitos de participación dentro de la fuerza política para seguir analizando y reformulando estos temas de vital trascendencia.

Por cierto este es un documento incompleto, arbitrario, que sólo busca contribuir a la discusión, que, sin lugar a dudas, ya está planteada, ya sea desde la perspectiva de los actores involucrados en el sector político, ya sea como imposición de un entorno de cambios que nos obliga a reformularnos permanentemente.

Lo único permanente es el cambio...

Nuestra historia reciente, tanto a nivel nacional como internacional, tomando como puntos de referencia la recuperación de la democracia y la transición hacia el nuevo siglo, nos plantea sin lugar a dudas gran cantidad de procesos, cambios y hechos políticos significativos.

El siglo XXI trajo consigo y ha afianzado y consolidado en nuestra sociedad fenómenos que no debemos desconocer y que debemos incorporar como factores determinantes para analizar los temas que tenemos planteados, por decir algunos:

las nuevas tecnologías de la información y comunicación

el ciberespacio

la nueva industria del entretenimiento: tv cable, tv satelital, video juegos, etc.

el cambio de rol de la mujer, que no es algo nuevo pero que está en el debe respecto a las transformaciones y logros democráticos
los cambios en la composición de la familia.
los cambios en el mundo de la producción y del trabajo.

Hoy hablamos de:

La sociedad postindustrial o de servicios.
Capitalismo microelectrónico.
La posmodernidad.
La socialidad virtual.
La globalización y la glocalización.

La globalización

A la hora de buscar una definición precisa del concepto de globalización, puede decirse a grandes rasgos que constituye un proceso creciente de complejas interconexiones entre sociedades, culturas, instituciones e individuos a escala mundial. También muchos estudiosos hablan de ella refiriéndose a la manera en que, especialmente bajo condiciones contemporáneas, las relaciones de poder y comunicación se extienden a lo largo del globo terrestre, con las consiguientes comprensiones del tiempo y del espacio y con una recomposición de las relaciones sociales. Sobre si estamos hablando de algo completamente nuevo o si, por el contrario, tiene sus raíces en la civilización humana, existen múltiples opiniones, pero de cualquier forma se trata de un fenómeno del que ahora más que nunca estamos tomando conciencia.

La glocalización

Actualmente se está haciendo cada vez más patente la existencia de una doble y simultánea tendencia de la comunicación en este nuevo siglo. Se trata del fenómeno de la globalización y de la atención a lo local, dos caras dentro del mismo mundo informativo. Lo local busca su espacio en la proximidad, mientras que la tecnología y la economía nos conducen a un escenario que cada vez tiene menos barreras. Ese proceso generalizado, con las paradojas y contradicciones que conlleva, viene siendo aquello a lo que algunos estudiosos de la comunicación hacen referencia a través del neologismo inglés glocalization.

Gianni Vattimo Nos plantea el escenario de la posmodernidad en base a los siguientes ejes fundamentales:

La comunicación y los medios adquieren un carácter central,
Aunque esa abundancia de emisores continuos no aporta una visión unitaria, ni contextualizada ni independiente.
Asistimos a una especie de 'babel informativa', pero que, más que aturdir y violentar, abre caminos a la libertad, a la pluralidad, y se escapa de las visiones unitarias de la racional-modernidad.
La posmodernidad marca la superación de la modernidad dirigida por las concepciones unívocas de los modelos cerrados, de las grandes verdades, de fundamentos consistentes, de la historia como huella unitaria del acontecer.
La posmodernidad abre el camino, según Vattimo, a la tolerancia, a la diversidad.
Es el paso del pensamiento fuerte, metafísico, de las cosmovisiones filosóficas bien perfiladas, de las creencias verdaderas, al 'pensamiento débil', a una modalidad de

‘nihilismo (escepticismo, incredulidad) débil’, a un ‘pasar’ despreocupado y, por consiguiente, alejado de la acritud (rigor) existencial.

Para Vattimo, las ideas de la posmodernidad y del pensamiento débil están estrechamente relacionadas con el desarrollo del escenario multimedia, con la toma de posición mediática en el nuevo esquema de valores y relaciones.

advierte sobre el papel determinante de los medios en este cambio histórico en las formas de organizar el pensamiento social y cultural.

Los medios se han convertido en difusores de verdades parciales, contrapuestas, diversas, complejas, en ningún caso guiados por objetivos ontológicos (existentes reales filosóficos) o de narraciones unitarias del suceder histórico.

La historia se hace de “cantidad de información, de crónicas, de televisiones que tenemos en casas...”. Pero no cabe pensar que los medios consigan hacer más transparente a la sociedad, sino que son los que reproducen y crean la huella de la complejidad, las representaciones donde se multiplican las posiciones, los valores, los intereses, las percepciones... En esa falta de transparencia, sin embargo, emergen la diversidad, la tolerancia, las minorías; en definitiva, un desplazamiento de los autoritarismos, los prejuicios, la violencia. A una sociedad compleja, donde se reconoce la diversidad en todos sus matices, ya no es posible constreñirla con un corsé filosófico coercitivo.

Esa nueva sociedad postmoderna es, consiguientemente, menos dogmática, concedora de la diversidad y partícipe de una nueva cultura de la tolerancia.

Vattimo, que no oculta que sus raíces filosóficas están en Nietzsche y Heidegger, encuentra en estos dos autores las claves para la interpretación de la postmodernidad. Cuando Nietzsche habla de la muerte de dios, está hablando del fin de la metafísica, está intuyendo el fin del pensamiento fuerte.

En su libro *La sociedad transparente* (Paidós, Barcelona, 1990; en portugués, *A sociedade transparente*, Edições 70, Lisboa, 1991)

En la perspectiva de Alain Touraine la sociedad actual ha desgastado dos principios fundamentales:
por una parte lo que se consideraba el inminente triunfo de la razón universal sobre las tradiciones y los intereses particulares
la correspondencia casi natural existente entre actores y sistema.

Como resultado de dicha pérdida de verosimilitud, se han generado dos versiones opuestas dentro de la sociología contemporánea que ilustran la fragmentación de la sociedad: la tendencia a pensar los sistemas al margen de los actores (Vg. Luhmann) y la proclividad a concebir a los actores desvinculados de los sistemas (Vg. Dramaturgia social y etnometodología).

En nuestro caso, en el abordaje del tema de la participación política y democracia en el Uruguay del S XXI vamos a adoptar una doble perspectiva, pero lo vamos a ver más adelante.

Contra esta doble disociación dirige Touraine sus baterías, definiendo como tarea principal de la sociología la restitución de la unidad perdida entre racionalización (reducida a la racionalidad formal: medios –fines) y subjetivación, y como empresa fundamentalmente práctica la recuperación de la acción colectiva.

Como podrá verse, en este caso también hay un propósito de rescate de los objetivos emancipados de la ilustración, aunque no su fe en la razón universal.

En la sociedad actual los sistemas sociales no son formas de resolver necesidades, sino mecanismos de control, de represión y reproducción de desigualdades.

La gran fragmentación de la vida social ha llevado al desarrollo de una independencia mutua entre la vida económica, política, religiosa y privada.

Las identidades culturales se han disociado de la racionalidad económica (clase) o de la planificación, y se han ido a refugiar a la vida individual, provocando una acción egoísta e incierta.

La sociedad se ha vuelto un campo de conflicto, negociaciones y mediaciones entre procesos de racionalización y de subjetivación (relativo al sujeto pensante y no al objeto en sí mismo).

La racionalización ha concentrado en unos cuantos el poder de decisión.

No pertenecemos a una sociedad, una clase o una nación, en la justa medida en la que nuestra vida es determinada por el mercado mundial. Ello nos lleva a encerrarnos en el universo de la vida personal, las relaciones interpersonales y las tradiciones culturales. Mientras el mercado reemplaza las normas sociales y los valores culturales por la libre competencia, las conductas personales reemplazan la participación social por la obsesión de la identidad.

Es tarea de la sociología reconstruir las conexiones entre acción y sistema. Los únicos agentes capaces de realizar este vínculo en términos prácticos son, de acuerdo a Touraine, los movimientos sociales.

En el libro 20 años de democracia. Gerardo Caetano hace en la introducción una reseña de los principales cambios ocurridos desde la recuperación de la democracia. El plantea una hipótesis muy interesante:

Estos últimos años de democracia en el país configuran uno de los períodos de cambios más radicales en la historia política uruguaya de todos los tiempos.

Divide el período en tres ciclos del proceso gubernativo:

- a. La transición democrática (1985-1989), faena que prácticamente monopolizó las tareas de gobierno y la atención central de la primera administración de Sanguinetti;
- b. Impulsos y frenos de las reformas (1990-1999), signo que abarcó la administración presidida por Lacalle y la segunda presidencia de Sanguinetti, y concluyó básicamente con la crisis brasileña, iniciada en enero de 1999, con el consiguiente despliegue de la recesión en nuestro país;
- c. Recesión, colapso y reactivación económica (1999-2005), que configuran las claves de algunos de los principales avatares del último gobierno liderado por Jorge Batlle.

Obviamente tenemos que agregar a esto el ciclo que comienza con el ascenso al gobierno del FA y que se está desarrollando en la actualidad, del cual vamos a desarrollar algunos aspectos más adelante.

Pero Caetano hace una reseña muy breve de cambios fundamentales que vale la pena mencionar aquí:

El partido colorado gana el gobierno en 1984 con 41% de los votos, en las elecciones de octubre de 2004 queda en tercer lugar con un insólito 10 % de los sufragios.

El FA en 1984 obtuvo 21 % de los votos, en las últimas elecciones ganó el gobierno en primera vuelta (de acuerdo con las nuevas reglas electorales aprobadas en 1996) con el 50,7% .

En 1984 los dos partidos “históricos” alcanzaba el 76,2%, en el 2004 agrupan juntos un 45,7%, mientras la izquierda los supera en un 6% en solitario.

El hoy Ministro José Mujica, dirigente tupamaro, prisionero rehén de la dictadura por 10 años, liberado en el 85 se convierte en el 2004 en el primer senador de la lista más

votada del lema más votado y le toma el juramento a todos los demás legisladores, Julio María Sanguinetti incluido.

El hoy Presidente de la República Tabaré Vázquez pasa de ser un desconocido en el sistema político que restauraba figuras con actuación previa a la dictadura a ser quien el 1^a de marzo de 2005 asume como primer presidente de izquierda de la historia uruguaya.

Se han producido sin traumas tres rotaciones de partidos en el gobierno.

Se reformó la constitución mediante plebiscito en 1996 introduciendo profundos cambios en el sistema electoral (llamado ley de lemas) vigente desde 1910.

Existieron en el período varias experiencias de coalición de gobierno entre blancos y colorados.

El país se integró desde 1991 al MERCOSUR.

Se debatió sobre las reformas liberales en boga en aquellos años en América Latina. Derogación vía referéndum de las leyes de Empresas Públicas y de Asociación de ANCAP en 1992 y en 2003 respectivamente.

Por otro lado se llevaron adelante desregulaciones, no se aplicó la negociación colectiva desde 1991, hubo apertura comercial, ley de inversiones, etc.

Se produjeron modificaciones en la construcción de liderazgos, mutación de las formas de representación, innovaciones muy fuertes en el mapa de los actores sindicales y empresariales, cambios en la relación efectiva entre los poderes públicos, transformaciones radicales en el juego interno del sistema de partidos y dentro de cada uno de estos.

La coyuntura actual nos plantea también un gran número de cambios significativos.

Por ejemplo:

Los cambios que se derivan del acceso al gobierno del FA.

El Frente Amplio pasa de ser un partido de oposición a ser el partido de gobierno con las consecuencias que esto supone a nivel de su estructura, etc.

Por el contrario los partidos tradicionales, pasan de estar vinculados al gobierno a estar totalmente en la oposición y además en minoría parlamentaria.

Se escuchan voces dentro del Frente Amplio que manifiestan inquietudes por la supuesta fractura de la estructura, la aparente separación entre los líderes políticos y las bases, la carencia de un flujo de comunicación orgánica.

Un supuesto cambio en el rol de algunos liderazgos que cuando hacían oposición dedicaban mucho tiempo a las actividades partidarias y que hoy deben ocupar la mayor parte de su tiempo a actividades de gobierno.

Surgen demandas de herramientas para la comunicación y la acción política cotidiana, incluso algunos planteos reformuladores de las organizaciones de base.

Desde el gobierno se abren nuevos ámbitos de participación, se exponen a la discusión pública proyectos en diferentes áreas del gobierno para recoger aportes del conjunto de la población antes de los procesos de aprobación definitiva, son ejemplos de esto:

la discusión sobre la reforma tributaria

las asambleas por la reforma educativa

el presupuesto participativo en la IMM

Se realizan consejos de ministros en el interior.

Se transmitió el otro día en directo sobre todo por la radio por ej: el foro “Uruguay en la economía global” sobre la inserción internacional del Uruguay realizado en punta cala y en especial el análisis de las negociaciones comerciales con EEUU, donde el presidente dio un mensaje claro también a la interna del FA con una clara demarcación de la discusión entre

la ideología y el pragmatismo, afirmando que el proceso de globalización es irreversible y que ante esto se pueden tomar dos actitudes... una activa tratando de asumir los cambios y beneficiarse de ellos o una actitud pasiva y que sea lo que la suerte nos depara.

Se introducen a las nuevas estructuras del gobierno y en particular al MIDES muchas organizaciones de la sociedad civil que están llevando adelante y aplicando los programas del ministerio.

Identidad, Cultura e Ideología.

En este contexto de cambios y transformaciones profundas la AP debe recrear su identidad y su cultura política.

Para introducirnos en estos temas podemos recurrir a dos definiciones de Identidad corporativa, que si bien se aplican a en general a todo tipo de organizaciones, también son válidas para los sectores políticos.

1 - La identidad corporativa es el conjunto de atributos asumidos como propios por la institución. Este conjunto de atributos constituye un discurso, el “discurso de identidad”, que se desarrolla en el seno de la institución de un modo análogo al de la identidad personal del individuo.

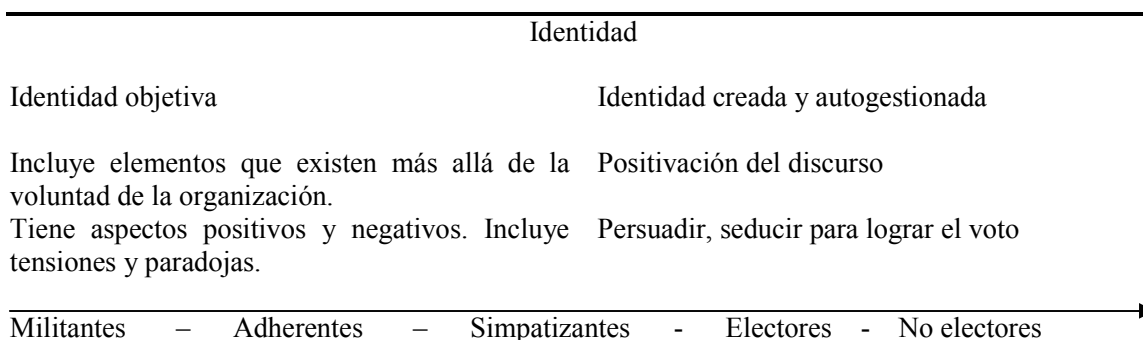
2 - La identidad corporativa es un conjunto planeado de indicadores (visuales, auditivos, discursivos) a través de los cuales la audiencia puede reconocer a la organización y discriminar una compañía de otra y que puede ser utilizada para representar o simbolizar a la organización.

Esta segunda definición obviamente está más ligada a aspectos comunicativos y de convencimiento que podemos vincular respecto a los sectores políticos con las campañas electorales.

Sobre todo en campaña electoral el diseño de la imagen del sector, los atributos adquieren, explícita o implícitamente, una connotación positiva; más aún, para la comunicación de la identidad se eligen obviamente aquellos atributos que la organización considera valiosos, lo cual configura un círculo de autorepresentación positiva sobre los líderes y sobre la propuesta política del sector. La positivación del discurso es una condición necesaria y una consecuencia inevitable cuando la intención es seducir o persuadir a los electores.

Sin embargo el enfoque que debemos adoptar para un análisis real de la identidad de la AP no puede tener a priori ninguna connotación valorativa, a tal grado que debemos considerar aquellos aspectos que pueden existir a pesar y en contra de la voluntad propia de la organización política.

Es necesario entonces realizar un análisis crítico, que no confunda lo que podemos llamar la Identidad Objetiva con la Identidad creada y autogestionada.



Claro que la Identidad Objetiva no se comunica intencionalmente. No todos sus rasgos son objeto de las estrategias de comunicación. Más podría decirse, no está lo suficientemente explicitada para que todos los actores la perciban de la misma forma. Pero sí podemos decir que aquellos actores más involucrados, aquellos que más participan y que manejan mayor información son los que la conocen mejor.

Se debe considerar al respecto que la adscripción ideológica de un sector político es su primera señal de identidad, pudiéndose distinguir por ejemplo partidos o sectores políticos Liberales, conservadores, progresistas, demócrata cristianos, republicanos, socialdemócratas, socialistas, comunistas, revolucionarios, ecologistas, feministas, simplemente democráticos, etc.

Desde el punto de vista de los ciudadanos, hay que tener en cuenta que los motivos por los cuales las personas se identifican con un partido o sector político no son todos racionales. En tal sentido pueden compartir su programa o ideología, pueden existir prácticas de clientelismo político, pero también puede tener mucha influencia cierta atracción por los líderes (aspectos que tienen que ver con la personalidad y el carisma) o pueden haber desarrollado un vínculo afectivo-tradicional con el partido (véanse por ejemplo las innumerables referencias de los dirigentes frenteamplistas a la “mística frenteamplista”).

Aquí (sin perjuicio que después profundicemos en otros aspectos), nos concentraremos en aquellos elementos que constituyen lo que podemos llamar una Identidad – Cultura fuertes.

Definición de Identidad - Cultura Fuerte

En una organización con una Cultura fuerte se sostienen con intensidad y se comparten ampliamente los valores centrales de la organización. Cuantos más miembros aceptan los valores centrales y mayor es su compromiso con los mismos, más fuerte es la cultura. Una cultura fuerte tendrá una gran influencia sobre el comportamiento de sus miembros porque la intensidad y el alto grado en que se comparte crea un clima interno de mucho control conductual.

La mayoría de las grandes organizaciones tiene una cultura dominante y numerosos conjuntos de subculturas.

En este sentido podríamos decir que la cultura dominante tiene un grado mayor de abstracción que las subculturas. Esto se debe a que el logro de síntesis, de consensos, necesita indefectiblemente un mayor grado de abstracción que permita a todos los miembros ponerse de acuerdo en los diferentes ámbitos de negociación donde están en juego creencias, valores, etc. individuales y/o grupales.

Las funciones de la cultura:

1. Define límites, crea diferencias entre una organización y las demás.
2. Conlleva un sentido de identidad para los miembros de la organización.
3. Facilita la generación del compromiso con algo más grande que el interés personal del individuo.
4. Mejora la estabilidad del sistema social. La cultura organizacional es el pegamento social que ayuda a mantener unida a la organización, al proporcionar normas apropiadas para lo que deben hacer y decir los miembros.
5. Sirve como mecanismo de control y de sensatez que guía y modela las actitudes y el comportamiento de los miembros. La cultura define las reglas del juego.

¿Cómo se crea la Cultura?

Obviamente todo comienza con los fundadores. Estos diseñaron, por decirlo de algún modo, la cultura y la identidad inicial de la AP. Tuvieron en su momento ciertos preceptos filosóficos, cierta visión de lo que debería ser el sector de acuerdo con una interpretación del entorno, ya sea a nivel de la interna del Frente Amplio – Encuentro Progresista en su momento, respecto a una visión del país, de la región y del mundo.

Se nos plantea entonces una cuestión dialéctica, tenemos definiciones fundacionales en concordancia con una interpretación de un entorno cambiante que nos obliga a redefinirnos constantemente, sin dejar de considerar que algunos principios, creencias o valores puedan ser inalienables.

Veamos que dicen los estatutos.

Art. 1°.- La ALIANZA PROGRESISTA es una fuerza política plural, abierta, de carácter permanente, con acción política unitaria, integrante del Encuentro Progresista - Frente Amplio, que actúa en el marco del sistema democrático representativo de gobierno vigente en el país.

Art.2°.- Concebimos la ALIANZA PROGRESISTA como la necesaria acción política conjunta de quienes, respondiendo a la convocatoria realizada desde Melo en diciembre de 1998, expresamos el encuentro de Frenteamplistas con su identidad y su historia de unidad en la diversidad, el Partido Demócrata Cristiano y grupos políticos Progresistas provenientes de los partidos tradicionales y de otras expresiones, así como de los ciudadanos que estén dispuestos a coincidir en la construcción del Uruguay Progresista. Lo haremos con el esfuerzo nacional de los trabajadores organizados; los sectores productivos; los cooperativistas y el empresariado nacional; los jóvenes; estudiantes, profesionales y gente de la cultura; jubilados y pensionistas; las minorías étnicas y todos los afectados por la exclusión social y la discriminación, inspirados en la máxima "artiguista" que los más infelices sean los más privilegiados".

Art. 3°.- La ALIANZA PROGRESISTA brega por la más amplia unidad de todas las fuerzas sociales y políticas progresistas sin exclusiones, para lograr, mediante una amplia participación de la ciudadanía, introducir transformaciones profundas en el país, tendientes a la construcción, en el marco del estado de derecho democrático y representativo, de una sociedad pluralista, progresista, fraterna y solidaria, a través de un desarrollo integral, socialmente justo, con una redistribución equitativa de la riqueza, económica y ambientalmente sustentable, que rescate los más altos valores humanistas, morales y éticos de nuestro pueblo, de forma de reconocernos como una sociedad de personas libres, sin excluidos, explotados, ni discriminados.

En síntesis, y para subrayar los aspectos esenciales, podemos decir que según sus estatutos la AP es por supuesto progresista, y además es plural y pluralista, abierta, permanente, unitaria, inclusiva, democrática, participativa, transformadora, pregona la unidad en la diversidad, brega por la unidad de las fuerzas sociales y políticas progresistas, cree en una sociedad pluralista, progresista, fraterna y solidaria, a través de un desarrollo integral, socialmente justo, con una redistribución equitativa de la riqueza, económica y ambientalmente sustentable, que rescate los más altos valores humanistas, morales y éticos de nuestro pueblo, de forma de reconocernos como una sociedad de personas libres, sin excluidos, explotados, ni discriminados.

Parece un buen cúmulo de principios y valores con los cuales acordar o disentir, con los cuales sentirse identificado o no, por los cuales guiar nuestras acciones como hombres y mujeres políticas,

o no. A los cuales hay que agregar todo el cúmulo que tienen por sí los sub-sectores que integran la AP, cada uno con sus propios rasgos de identidad, con sus propias creencias y valores, con su propia cultura (que para la AP funcionarían como sub-culturas). Tenemos entonces todo el bagaje de los demócrata-cristianos, marxistas, nacionalistas, independientes, en los cuales no vamos a profundizar ahora.

No parece estar en la falta de contenidos y definiciones el problema de la supuesta crisis de Identidad.

Pero debemos tener en cuenta es que no es suficiente con que estos principios y valores estén en los estatutos o en otros documentos, tal cual los pensaron los fundadores del sector y sus dirigentes. Para mantener estos principios y valores vivos, de forma que constituyan el cuerpo central de una cultura fuerte es necesario que la organización incurra en determinadas prácticas.

Éstas prácticas tendrán que ver con:

como se involucran nuevos miembros al sector, cuáles son los mecanismos de reclutamiento – involucramiento.

Procesos de socialización que adapten a los integrantes a la cultura del sector, sobre todo a los nuevos integrantes.

Las acciones de los dirigentes. Con su comportamiento establecen normas que se filtran hacia abajo en la organización.

Para esto es necesario contar con espacios de participación donde se produzca el proceso de transmisión de la cultura. Procesos de intercambio, de comunicación que a través de historias, rituales, símbolos, transmitan y permitan interpretar, recrear, reformular ese conjunto de valores, principios y creencias.

Ya dijimos que la adscripción ideológica de un sector político es su primera señal de identidad, siendo este un componente esencial que plantea una visión del mundo y del país que se constituyen en el cimiento de un proyecto político que no solo considere las cuestiones coyunturales sino que trascienda hacia el futuro en el largo plazo. Pero no debemos olvidar otro aspecto fundamental de la identidad de los partidos/sectores políticos (muchas veces soslayado porque es común a todos): la vocación de acceso al poder.

Esto nos lleva a plantearnos otras preguntas, para nada exhaustivas ni excluyentes:

¿Cuál es el proyecto político común que nuclea a los sectores de la AP? ¿Tiene este proyecto un contenido ideológico que sintetiza los perfiles de los diferentes sectores que lo integran? O por el contrario ¿es un proyecto de carácter pragmático que privilegia las estrategias de acceso al poder frente a los contenidos políticos, ideológicos, filosóficos, etc?.

En su definición progresista, ¿en qué se diferencia de otros sectores del FA?, ¿es proclive a la formación de familias ideológicas dentro del FA?

Si esta diferenciación ideológica no existe, ¿solamente se diferencia como grupo que compite por el acceso al poder?, y en cualquiera de los casos ¿a qué sectores de la sociedad representa o cree representar?

Tratando de establecer algunas tendencias podemos recurrir a ciertos estudios sobre los partidos europeos, con larga tradición democrática (Uruguay tiene una evolución política similar) señalan que los partidos “son “máquinas políticas” fuertemente homogéneas y organizadas destinadas a

controlar el acceso y la distribución de recursos de poder, principalmente ligados a la estructura del estado”.

“Hoy, mayoritariamente, son aceptados como expresión orgánica para la gestión y administración de lo estatal. ¿Qué ha motivado tal aceptación generalizada? La respuesta la tenemos en una nueva vocación antes inexistente en su articulación: a la vocación de poder se le une una vocación tecnocrática que altera su sentido y función. Ello los muta en instituciones imprescindibles para el funcionamiento de una sociedad altamente burocratizada. Los partidos se transforman en instituciones profesionalizadas con una estructura interna destinada a satisfacer las necesidades de la elite que controla la organización. La militancia política cede paso a una militancia tecnocrática y especializada. La política se convierte en ingeniería para especialistas y no en una acción constitutiva de ciudadanía plena.

Hoy, los partidos políticos --independientemente de su adscripción ideológica-- están obligados a reconvertirse en organizaciones de control social de la población y garantizar la seguridad del Estado, si quieren ejercer el poder en su versión neo-oligárquica. El personalismo y las luchas por hacerse con el control del aparato sustituyen los debates teórico-ideológicos sobre el proyecto. Las grandes corrientes de opinión, tendencias o fracciones internas, expresión de concepciones contrapuestas cuya coexistencia enriquecía los partidos y enfrentaba ideológicamente a sus militantes, dan paso a luchas fratricidas de poder sin más objetivos que alcanzar la cima del partido para desde allí controlar la organización. Los partidos han terminado por reorientar su actividad y sus objetivos.

Quizás sea en los partidos de izquierda donde más claramente se puede observar este cambio. La renuncia a construir proyectos de futuro alternativos los ha reducido a ser instancias de queja donde se ponen al descubierto excesos o arbitrariedades cometidas por las diferentes instituciones y aparatos de Estado. Tal vez, sólo tal vez, la izquierda latinoamericana articulada en los partidos políticos ha perdido la vocación de poder y con ello sus señas de identidad en beneficio de llegar a gestionar lo estatal. Recuperar la esencia de los partidos es también una tarea democrática.”

Podemos plantearnos entonces una primera tensión casi existencial que se debe plantear cualquier sector político en la actualidad y en particular la AP.

Esta tensión se plantea entre la posible apuesta a la construcción y el mantenimiento de una Identidad y Cultura fuertes, que garantice el carácter permanente de la fuerza política en base a una amplia participación e involucramiento de las bases. O convertirse paulatinamente en una fuerza política que privilegia las estrategias de acceso y control del poder en forma profesionalizada, elitista, tecnocrática.

También se puede ilustrar esta tensión recurriendo a clasificaciones clásicas de los partidos políticos. En tal sentido podemos distinguir entre partido burocrático de masas y partido profesional electoral. Estas son sus principales características:

Partido burocrático de masas.

- a) Papel central de la burocracia (competencia político-administrativa),
- b) Partido de afiliación con fuertes lazos organizativos de tipo vertical que se dirige sobre todo a un electorado fiel,
- c) Posición de preeminencia de la dirección del partido; dirección colegiada.
- d) Financiación por medio de las cuotas de los afiliados y mediante actividades colaterales.
- e) Acentuación de la ideología. Papel central de los creyentes dentro de la organización.

Partido profesional-electoral.

- a) Papel central de los profesionales (competencias especializadas).
- b) Partido electoralista, con débiles lazos organizativos de tipo vertical y que se dirige ante todo al electorado de opinión.
- c) Posición de preeminencia de los representantes públicos; dirección personificada.
- d) Financiación a través de los grupos de interés y por medio de fondos públicos.
- e) El acento recae sobre los problemas concretos y sobre el liderazgo.
- f) El papel central lo desempeñan los arribistas y los representantes de los grupos de interés dentro de la organización.

Parece un ejercicio interesante posicionar a la Alianza Progresista entre estos dos tipos de partidos, cuáles de estas características le son propias al sector. Aquí simplemente vamos a arriesgar algunas hipótesis.

La percepción un tanto generalizada de la existencia de una crisis de Identidad puede tener que ver con un tránsito, para nada planificado por los dirigentes del sector; una transformación que se produce casi por inercia; que se constata en los hechos consumados. En este eje planteado entre los dos tipos de partidos políticos enunciados el sector se acerca paulatinamente hacia el tipo profesional-electoral. Proceso que está influenciado notablemente por otro cambio fundamental, el pasaje de ser parte de un partido de oposición a pertenecer a un partido de gobierno, con las consecuencias que esto acarrea.

Partido de oposición y partido de gobierno.

Las características organizativas de los partidos que han pasado la gran mayoría de su trayectoria en la oposición, son distintas a las características de los que por el contrario han estado mayormente vinculados con las funciones de gobierno.

Los partidos de oposición necesitan una organización sólida y fuerte, porque no pueden apoyarse en la burocracia estatal, y no disponen del apoyo financiero que los grupos de interés le brindan a los partidos gobernantes. Dicha organización es la que les permite mayor competitividad respecto de los partidos de gobierno.

Estos últimos disponen de una cantidad y multiplicidad de recursos públicos que los pueden utilizar en la competencia política, y estos recursos sustituyen a menudo la movilización que se produce a través de la organización del partido.

Es de esperar entonces que los partidos que nacen y se consolidan desde la oposición tiendan a convertirse en instituciones fuertes, mientras que por el contrario los partidos que conquistan el gobierno nacional y consolidan su organización desde esta posición, tiendan a convertirse en instituciones débiles.

La crisis, por tanto se manifiesta en que estas transformaciones son contradictorias a los principios y valores expresados y compartidos y que son tradicionales de la organización política, tal cual lo plantean los estatutos de la AP.

Veamos sino lo que dice el siguiente texto del documento aprobado por el IV Congreso Extraordinario del Frente amplio del 20 y 21.12.03

En el apartado sobre Democratización de la Sociedad y el Estado, dice:

La vigencia y consolidación del sistema político e institucional de la democracia uruguaya es un elemento sustancial para el proyecto progresista. En él deben confluír simultáneamente la libertad, la justicia y la participación efectiva de la población.

Hasta el momento, las reformas se desarrollan sobre la base de una extensa brecha entre, por un lado, expertos y políticos, y por otro lado, los ciudadanos. Predominan las propuestas reformistas

de gabinete sin legitimidad social, en manos de cúpulas de políticos y expertos encargados de formular e implementar las reformas alejadas de la participación ciudadana. En ese sentido, creemos que es necesario plantear que la transformación del Estado deberá ser parte del proceso de avance hacia una democracia auténtica, con mejoras radicales en la transparencia y permeabilidad de las decisiones, la construcción de herramientas estatales destinadas a reforzar el control horizontal, y la participación ciudadana amplia y genuina en las decisiones y el control de lo que se hace.

Porque tenemos una estrategia de cambios profundos, necesitamos del poder político acorazado de legitimidad social para llevarla a cabo. Esto requiere profundizar las reformas institucionales en el sistema de gobierno, en dirección de una mayor participación de la sociedad toda. Esta participación de la ciudadanía será una garantía más de la transparencia de la gestión administrativa, en la que comprometemos el combate frontal de la corrupción en todas sus formas y la adecuación de la legislación en lo relativo a las conductas corruptas y los delitos económicos.

En otro pasaje se plantean aspectos que tienen que ver con los medios de comunicación:

Se estimulará la democratización de los medios de comunicación y de la información, tanto públicos como privados, su utilización al servicio de la comunidad, la divulgación artística, deportiva, científica y técnica, la promoción de los valores nacionales, y la expresión de los diversos sectores sociales y políticos del país. No hay desarrollo real, ni integración nacional sin herramientas adecuadas. La instrumentación de políticas, que nos permitan acceder a los medios de comunicación, es una necesidad.

Hoy no tenemos libertad de prensa, hay libertad de empresa. El cuarto poder fue arrasado y pisoteado por las asociaciones de medios de comunicación. No tenemos legislación adecuada que permita el uso racional y acceso de las corrientes de expresión, por lo que se hace imprescindible el retiro de control de los medios de la órbita del Ministerio de Defensa. Se hace necesario promover una ley que regule definitivamente el funcionamiento de los medios electrónicos de comunicación, para que los uruguayos y las uruguayas puedan tener las mismas posibilidades de acceso y uso de los medios democráticamente.

Este documento entre muchas otras cosas plantea una cuestión ineludible. Una vez asumida esta tensión casi existencial para un sector político (en este caso para la Alianza Progresista), las decisiones a tomar, las posiciones a definir deben tener ante todo un sustento ético-político. No se puede dar esta discusión sin plantearse en el fondo una preocupación valorativa sobre la calidad de nuestra Democracia, un planteo sobre el “deber ser” de la Democracia uruguaya. Preguntarnos sobre ¿cual es? y sobre ¿cuál debe ser? el rol de los diferentes actores en el quehacer democrático. Preguntarse sobre qué tipo de ciudadanos queremos ser, pero más aún que rol deben cumplir los partidos políticos en los procesos de socialización política.

Es necesario por tanto explicitar estas tensiones y contradicciones, objetivarlas para poder recrear la Identidad – Cultura de la AP.

Como ya vimos anteriormente la construcción de una Identidad – Cultura fuertes necesita de ámbitos de participación, articuladores de espacios de socialización política y de interpretación e internalización de los cambios que se producen en nuestra sociedad, tanto sean estos políticos, sociales, económicos, culturales.

La participación política.

La actividad política está compuesta por un complejo entramado de relaciones entre ciudadanos, de los grupos, de las asociaciones y de las instituciones de todo tipo en el quehacer democrático. Estas relaciones se clasifican y analizan dentro de la dimensión de análisis (o categoría): participación política.

Sus procesos y diversas modalidades son uno de los ejes centrales en el estudio de la política y en la comprensión de la política en la época que nos toca vivir, con sus demandas de profundización de la democracia, de construcción y mejoramiento de la ciudadanía, etc.

La disociación entre lo sistémico y la acción social que plantea Touraine (que fuera mencionada anteriormente), se presenta como un factor esencial para explicar el cambio en la vida ciudadana y la pérdida de centralidad de la política en la vida cotidiana o dicho de otro modo la despolitización de la ciudadanía.

¿Existe al respecto un “quiebre generacional”? En principio podríamos decir que sí lo hay. Aquellos que vivieron en edad adulta la década del 60 y del 70 participaron de un período de alta politización, con el ingrediente fundamental de las ideologías a flor de piel, la convicción en la posibilidad del cambio social profundo, existía la esperanza de un mundo mejor, se creía en la posibilidad del tránsito de una sociedad a otra donde estaban totalmente racionalizados los procesos de acción colectiva, se preveía, se veía venir el cambio, existía un fin para el cual el medio era la acción política.

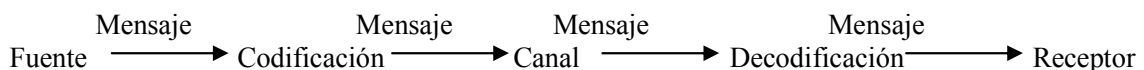
Los que hoy rondan los 30 años no han vivido a no ser en los períodos de campaña electoral procesos de alta politización, pero aún en los períodos preelectorales a partir del 89 podríamos decir que no existía esa noción de procesos racionalizados de acción colectiva orientados al cambio social, por lo menos con la intensidad y envergadura de los precedentes.

Han sido recurrentes en los últimos tiempos los comentarios sobre la existencia de cierta crisis manifiesta en bajos niveles de interés de la ciudadanía en los asuntos políticos, altos grados de apatía, caída sistemática de la participación. Ahora bien ¿a que se refiere exactamente el problema de la llamada crisis de participación política?, ¿hasta donde es deseable y posible un grado mayor de participación política de la ciudadanía?.

Estos temas preocupan a muchos líderes políticos en el contexto del actual gobierno del Frente Amplio, haciéndose hincapié en la necesidad de una mayor comunicación de los logros que esta teniendo este gobierno. Se plantea entonces un problema complejo que no termina solamente en el problema de la comunicación.

En tal sentido no hay que olvidar que el mensaje puede existir, también pueden existir los medios para canalizarlo, pero si no tenemos un destinatario interesado y calificado para decodificar ese mensaje no tenemos un receptor, y por lo tanto no se cierra el ciclo de la comunicación.

Ciclo de la comunicación:



Por esto es fundamental tener en cuenta para el análisis de la comunicación política no solo el tema del acceso a los medios de comunicación (cada vez más diversificados y globalizados) sino también considerar como fundamentales los aspectos inherentes a la politización (previa y motivadora de la participación), y a la receptividad, sin los cuales es imposible cerrar los ciclos de comunicación.

Una definición ecléctica de participación puede ser la siguiente: Es aquel conjunto de actos y actitudes dirigidos a influir de manera mas o menos directa y mas o menos legal sobre las decisiones de los detentores del poder en el sistema político en cada una de las organizaciones políticas así como en su misma selección con vistas a conservar o modificar la estructura y por lo tanto los valores del sistema de intereses dominantes.

Existen tres grados de participación en los partidos que no tienen adhesión formal, estos son: los electores, los simpatizantes y los militantes. Los electores votan en elecciones nacionales y locales. Los simpatizantes- Tienen las siguientes características: a) son Electores, b) reconocen su inclinación hacia el partido, c) defiende el partido (cumple funciones de propaganda), d) lo apoya en ocasiones financieramente, e) entra en las instituciones anexas al partido, f) forman una primera comunidad dilatada. La noción es vaga, es mas que un elector y menos que un militante. Los militantes- También es una noción vaga, designa a una categoría especial de miembros. Es el miembro activo en cada grupo de base del partido. Sus características son a) asisten regularmente a las reuniones, b) participan de la difusión de las consignas, c) apoya la organización de la propaganda, d) prepara campañas electorales.

No hay que confundirlos con los dirigentes, no son jefes sino ejecutantes. (3)

Las actitudes políticas y los esquemas políticos.

Mediante la interacción que se produce en las estructuras políticas y en sus organizaciones de base por un lado y con los medios masivos de comunicación por otro, los individuos reciben determinados conocimientos, informaciones y creencias acerca de la política, los cuales son usados para la conformación de actitudes políticas particulares. Estas actitudes se generan a través de dos procesos fundamentales: complejidad cognoscitiva y activación del esquema. De esta manera se determina cual de aquellos insumos (conocimientos, información, creencias) son utilizados para la conformación de cada actitud política particular. Dichas actitudes hacia la política pueden tener una dirección positiva o negativa y se pueden distinguir también por su fortaleza, existiendo entonces actitudes fuertes o actitudes débiles.

Los individuos organizan esos conocimientos, informaciones y creencias en estructuras cognoscitivas llamadas esquemas políticos. En la medida en que estos esquemas sean alcanzados y activados tienen consecuencias directas sobre la complejidad de pensamiento con que el individuo evalúa los estímulos políticos y genera sus actitudes pudiendo reducir esa complejidad. Visto que los individuos no son capaces de asimilar toda la información ni todos los estímulos a los que son expuestos, estas estructuras cognoscitivas sirven para seleccionar y filtrar dicha información.

Según como los individuos almacenan y procesan la información pueden diferenciarse entre expertos y novatos. Si bien los primeros tienen mayor información política y social para considerar de todos modos son capaces de recuperarla y usarla más rápidamente que los novatos.

Veremos como a partir de los estímulos que surgen en los órganos de base y en los medios de comunicación los individuos generan actitudes que, como ya se dijo anteriormente, pueden ser positivas o negativas, fuertes o débiles respecto a cuatro variables que operan como indicadores del índice: posición del ciudadano ante la política. Dichos indicadores son:

- Interés en asuntos políticos
- Grado de simpatía hacia los dirigentes políticos – entendida como la valoración del ciudadano hacia el rol de dirigente político en general.
- Confianza en la actividad política teniendo en cuenta esto como la apreciación del ciudadano en términos de eficiencia de la actividad política para la resolución de problemas.
- Grado de participación – adhesión partidaria.

El cambio en la conformación de la posición de los ciudadanos ante la política.

Como consecuencia de la mayor utilización de los medios masivos- en especial de la televisión - para canalizar el mensaje político hacia la opinión política y el paulatino proceso de deterioro del papel de las organizaciones de base se produce un cambio en las principales fuentes y en el tipo de estímulos políticos con que los ciudadanos construyen sus actitudes políticas.

Es interesante por tanto profundizar en estos cambios, tratando de develar como influyen en los procesos de activación de esquemas y de complejidad cognoscitiva, a través de los cuales los ciudadanos ante la política y que ya fueran mencionadas anteriormente a saber: interés en asuntos políticos, grado de simpatía hacia los dirigentes políticos, confianza en la actividad política, grado de participación.

Las organizaciones de base como agentes generadores de estímulos políticos.

Las organizaciones de base conforman ámbitos de socialización política que permiten actividades de los ciudadanos en papel de militantes, adherentes y simpatizantes, con una localización física y un radio de acción reducido a la zona y al barrio. Esto lo convierte en un elemento central para la conformación de la posición ante la política del ciudadano.

Podemos decir entonces que a través de las interacciones que se producen en los órganos de base se activan tres tipos de esquemas: esquema de pertenencia, esquema de persona y esquema ideológico.

En lo que tiene que ver con la activación de esquemas de pertenencia, el órgano de base crea una sociabilidad de sostén que consolida la posición política y elimina los conflictos que se le pueden presentar al individuo frente a otros grupos sociales, ya que en su posición política no depende solamente de la reflexión individual, sino de la pertenencia a un grupo partidario cuyo nexo de sociabilidad es percibido como no consensual, y similar al que une al individuo con su familia de origen. El individuo se encuentra aislado de opiniones heterodoxas, lo que lo conduce hacia el conformismo con su posición política. Este fenómeno llega a crear la convicción de que se participa en el poder, consolidando la solidaridad con el sistema democrático y con los dirigentes políticos.

La proximidad respecto a los dirigentes promueve la creación y la activación de esquemas de persona, entendidos estos como un conjunto de conocimientos y creencias acerca de los dirigentes partidarios, sus características y sus intenciones. De hecho los órganos de base cumplían un importante papel como ámbitos de jerarquización de dirigentes y candidatos a través de la participación en reuniones y actos públicos de alcance barrial.

Una de las funciones esenciales de los órganos de base era la transmisión de las ideologías partidarias y la forma de su instrumentación. En la interacción de las personas de una misma orientación partidaria cada una aporta alguno de los contenidos favorables a ella que ha captado del conjunto de la información, creando un circuito de intercambio informativo que consolida la orientación preexistente. Este conjunto de creencias, conocimientos y valores conforman lo que llamamos esquemas ideológicos.

Todo esto crea una identidad grupal que mantiene considerable adhesión electoral a pesar de los cambios que se produzcan en la situación personal de los integrantes y en el sistema político nacional y partidario.

Ya vimos anteriormente que la activación de esquemas políticos puede tener como consecuencia la simplificación del pensamiento de los individuos respecto a la política. Esto es así en la medida en que el individuo que participa en un órgano de base filtra toda la información política que recibe por

medio de los esquemas mencionados y además tal vez la mayor parte de la información que reciba provenga de los mismos órganos partidarios por la cual la misma pueda ser sesgada.

De modo que la complejidad cognoscitiva con que el individuo evalúa los estímulos políticos se ve reducida en cuanto a que no toma distancia crítica respecto a su adhesión partidaria, a sus líderes políticos, ni a la ideología que profesa ese sector, reprimiendo la posibilidad de considerar otras opciones.

Si bien es así, a su vez este individuo participante se ve inserto en un ámbito donde la información política, aunque sesgada, tiene un gran caudal y se ve reforzada en distintos tipos de actividades como ser debates, charlas, actos, etc. O sea que maneja un caudal mayor de información política que una persona que no participa en ninguna organización partidaria. Se puede decir entonces que un individuo militante se posiciona en el continuo experto-novato en política, mas cerca de la categoría experto que un ciudadano que no tiene ningún tipo de participación política (solamente elector) dejando como constante otras variables que pueden influir en esto. Como la exposición a otras fuentes de información política y los niveles educativos, culturales de los individuos (o dicho de otra forma la complejidad cognoscitiva general de los individuos).

La pregunta que nos tenemos que plantear ahora es, ¿ cómo influyen todos estos elementos en la conformación de la posición de los individuos participantes ante la política?

El mero hecho de que el individuo tenga actividad en política sugiere por un lado que existe en él cierta confianza en la eficiencia de esa actividad para la resolución de problemas, ya sean estos particularistas en referencia a sus otros grupos de pertenencia, de transformación social, etc. Por otro lado esto promueve y realimenta el interés en los asuntos políticos.

En cuanto a la simpatía hacia los dirigentes políticos, el hecho de que los mismos sean los principales actores que puedan promover y ejecutar las acciones tendientes a la resolución de los problemas que motivan la participación de los individuos es obvio que esto estimula actitudes positivas y fuertes hacia los dirigentes del sector y del partido a que pertenecen, ya que sería contradictorio que deslegitimaran la función de dirigente político. Además de esto hay que tener en cuenta que estos individuos están posiblemente expuestos a contactos personales con los dirigentes y también a estímulos expresivos y emocionales, que promueven a las figuras de los dirigentes como líderes que levantan las banderas de las tradiciones y de las ideologías partidarias.

En resumen los individuos que participan en organizaciones partidarias están expuestos a estímulos políticos que lo llevan a manifestar actitudes positivas y fuertes ante los indicadores que conforman su posición ante la política. Dichas actitudes se fundan en procesos cognoscitivos complejos convirtiendo a los militantes en individuos políticamente más sofisticados que aquellos que no participan en política. Esta sofisticación de los razonamientos políticos se ve sesgada por la activación de esquemas de pertenencia, esquemas de persona y esquemas ideológicos, lo que tiene como principal consecuencia el hecho de que los individuos no ponen a crítica sus adhesiones político-partidarias.

Efectos de la mediatización de la política sobre la construcción de la posición de los ciudadanos ante la política.

Sin duda que los estímulos políticos que se generan y se transmiten a través de los medios masivos en especial la televisión tienen diferencias sustanciales respecto a los generados en órganos partidarios de base. Para ilustrar estas peculiaridades y su influencia en los procesos de conformación de las actitudes políticas de los individuos vamos a incorporar algunas afirmaciones que hace Michel Milburn para el caso de EEUU en forma de hipótesis para el caso uruguayo.

Según este autor los medios concentran la capacidad de “establecimiento de programa”, o sea la capacidad de darle relevancia a ciertos temas políticos y no a otros, sin que para ello exista una influencia del interés del público.

En cuanto a las características de la noticia que se transmiten, la principal de ellas es su homogeneidad. Detrás de una aparente diversificación de propuesta, lo que existe en realidad es la misma información suministrada de diferentes formas. Al decir de Milburn, las noticias que se transmiten no son adecuadas para una democracia, “Son superficiales, estrechas, estereotipadas, cargadas de propaganda, de poco valor explicativo y no conducentes al debate crítico y a la acción cívica.

Existe un proceso de exposición selectiva, por el cual los individuos se exponen a la información que es consistente con el pensamiento y las creencias que ya tienen incorporadas. Este proceso puede operar a corto plazo, pero sus efectos pueden ser superados por campañas mediáticas de largo plazo. Por lo tanto en el largo plazo la influencia de los medios sobre los conocimientos y las opiniones de los individuos puede llegar a ser considerable, principalmente en aquellos individuos que son novatos en política y en los que creen en los medios: siendo esa influencia menor en los sujetos políticamente más sofisticados (manejan más fuentes de información y tienen un grado más alto de participación política). Según Milburn, los medios – en particular los noticieros de televisión activan esquemas que reducen la complejidad del pensamiento político, tal es así que en parte de sus conclusiones afirma que:

“...Mientras más televisión vea la gente, más expuestos están a dar explicaciones simples de los hechos políticos, y mientras más activados estén los esquemas simplificadores, más simplista será el pensamiento sobre todos los hechos.”

Según investigaciones realizadas en EEUU, hay hallazgos que sugieren que la comunicación política televisiva reduce los niveles de interés y participación política de los ciudadanos – lo cual no implica que exista una conspiración intencional de parte de los medios.

En consecuencia con la declinación de la capacidad del electorado para pensar críticamente, los indicios periféricos, tales como las repuestas emocionales a mensajes políticos negativos, se tornan extremadamente influyentes.

En términos generales, una descripción esquemática de cómo se canaliza la comunicación política en la actualidad puede ser la siguiente: un sistema en el prepondera la comunicación desde los partidos a través de los medios masivos (muchas veces las propias discusiones internas del Frente Amplio se desatan y se desarrollan a través de los medios masivos), donde el insumo de información sobre la ciudadanía para los dirigentes políticos viene dado por las encuestas de opinión pública, y donde además se suma –en parte como consecuencia de lo anterior- el paulatino desplazamiento de los ámbitos gregarios que permiten la participación de la ciudadanía en las estructuras partidarias.

Este fenómeno tiene como una de sus consecuencias la pérdida de una de las fuentes de estímulos políticos que contribuyen a la politización de los ciudadanos, o dicho de otra forma a hacer de los ciudadanos sujetos políticamente más sofisticados. Ya vimos que los medios masivos no reemplazan a los órganos de base en estas funciones, ya que los estímulos políticos que se canalizan actualmente a través de ellos, generan en los individuos razonamientos sobre los temas políticos menos complejos, los simplifican.

Ya se dijo anteriormente que los individuos militantes son más sofisticados políticamente que aquellos que no tienen ningún tipo de participación política, y que el pensamiento político de los mismos se ve simplificado por la activación de esquemas de pertenencia, de persona e ideológicos, lo cual tiene como una de sus consecuencias que el individuo tenga una actitud de conformismo con su posición político-partidaria. Por lo tanto los individuos participantes ponen en juego esos

esquemas, exponiéndose selectivamente a las informaciones provenientes de los medios de comunicación masiva. Esta información se filtra, de modo que adquiere un sesgo compatible a las opiniones y creencias adquiridas en los ámbitos de participación. Es decir que los mensajes de los medios masivos no son capaces de influir significativamente en las actitudes políticas de los militantes, visto que los estímulos que reciben en sus ámbitos de participación son mucho más fuertes y más complejos.

La desaparición de la influencia de estímulos provenientes de los órganos de base sobre el pensamiento político de los individuos, habilita a que en el largo plazo los medios masivos aumenten su influencia. Esto puede tener como consecuencia - si se considera que la comunicación política proveniente de los medios (en especial de la televisión) tiene las características que le atribuye Milburn y que ya se señalaron – que la complejidad cognoscitiva con que la mayoría de los ciudadanos trata los estímulos políticos pueda verse reducida. Por otro lado en ese proceso de transformación de los sujetos militantes en solamente electores y al desaparecer la activación de los esquemas que contribuyen al conformismo de los ciudadanos con sus adhesiones partidarias, estas puedan perder fuerza, aumentando la posibilidad de que los individuos puedan poner a crítica sus posiciones político partidarias y cambiarlas mas fácilmente.

Esto se ve relativizado por la influencia de otros intermediarios políticos, de los cuales interesa analizar las relaciones interpersonales (familiares, de amigos, compañeros de trabajo), a las que se les adjudica junto con los medios masivos el papel central en la determinación de las conductas electorales de los ciudadanos. A nivel de estos relacionamientos se puede decir que los individuos militantes tienen cierta influencia sobre las actitudes y las opiniones de aquellos que no tienen participación política, por manejar mas información y razonamientos políticos mas sofisticados, produciéndose un efecto multiplicador de algunos de los estímulos que se generan en las organizaciones de base. O sea que aunque se puede afirmar que las relaciones interpersonales mantienen una gran influencia en la conformación de la posición ante la política de los individuos, al mermar o desaparecer la influencia en estas interrelaciones de los militantes, los intercambios de información, opiniones, etc., se vuelven menos complejos desde el punto de vista cognoscitivo y mas independientes desde el punto de vista de las adhesiones partidarias.

Debemos preguntarnos ahora si en el nuevo esquema de relacionamiento entre los ciudadanos y los partidos políticos aparecen procesos de activación de nuevos esquemas cognitivos que influyan en la conformación de las actitudes políticas de los sujetos.

El fenómeno de traslación espacial que se produce respecto a la comunicación política desde ámbitos gregarios de acción barrial hacia los medios masivos y en especial hacia la televisión, puede provocar un efecto de enajenamiento o extrañamiento de la acción política. Esto se explica porque esa actividad que se encontraba en el circuito callejero cotidiano del ciudadano, que significaba tener al alcance de la mano un ámbito de participación política- que si bien en primera instancia podía tener una motivación basada en intereses particularistas, pero que a pesar de eso era muy cercana la posibilidad de participar en reuniones, debates, actos, etc., en el nuevo esquema de relacionamiento aparece en un espacio distinto, ajeno al individuo, en cuanto se presenta como inalcanzable, en donde el ciudadano tiene la sola posibilidad de ser espectador y no actor, más allá de aparecer como un efímero integrante de la opinión pública.

El conocimiento de los dirigentes al que podía acceder el individuo en las organizaciones de base (personalizado en reuniones, actos, etc.) es totalmente distinto al que puede tener en los medios masivos, en donde la comunicación esta mediada por los periodistas, y a lo sumo la mayor información sobre un dirigente se puede obtener en los programas de entrevistas políticas. Aunque tal vez la diferencia más importante no esté en la cantidad y la calidad de la información, sino en la

proximidad física del dirigente y en lo que eso significa en términos expresivos y emocionales, para que los individuos puedan construir esquemas de persona que generen actitudes positivas hacia los dirigentes políticos.

La desaparición de las posibilidades de intercambios clientelísticos que otorgaban a los partidos la posibilidad de solucionar los problemas particulares de mucha gente; el cambio de la oferta de los partidos hacia beneficios de tipo general, a nivel de toda la sociedad; la crisis de las ideologías que motivan la participación con el fin de una transformación social profunda de la sociedad sumado a la percepción generalizada de no solución por parte de la clase política de los problemas del país, deriva en una visión de la política como una actividad en general ineficiente para la solución de problemas tanto particulares como sociales.

Por lo tanto, los individuos que son solamente electores construyen dos tipos de esquemas cognitivos respecto a la actividad política y a sus dirigentes, los cuales podríamos llamar: esquema de extrañamiento y esquema de ineficiencia. Estos, una vez activados no solo pueden llegar a reducir la complejidad del pensamiento político, sino que también pueden promover actitudes de negación que lleven a eludir la comunicación política.

Ahora bien, paradójicamente la nueva forma de relacionamiento entre los partidos y la ciudadanía lleva implícita la noción de que todo ciudadano puede construir una opinión y posición sobre los problemas políticos, teniendo como único insumo la información a través de los medios masivos de comunicación, posiciones políticas que en su conjunto toman la forma de “opinión pública”, y cuyo estudio (encuestas) se han convertido en la principal fuente de información sobre la ciudadanía para los dirigentes políticos. Pero esta concepción de la opinión pública es criticada por varios autores. Como consideremos algunas afirmaciones de Pierre Bourdieu sobre el tema: “... el sondeo de opinión es un instrumento de acción política, su función más importante consiste quizá en imponer la ilusión de que existe una opinión pública como mera suma de opiniones individuales...”. “El análisis científico de los sondeos de opinión muestra que prácticamente no existe un problema ómnibus, ni hay pregunta que no se reinterprete en función de los intereses de las personas a quienes se les hace, y el primer imperativo es preguntarse a que pregunta creyeron contestar las diferentes categorías de personas encuestadas”... “De estos análisis se desprende una ley: una persona tiene más opiniones sobre un problema cuanto más interés tiene en él.”

Obviamente el asumir la existencia de la opinión pública como tal reprime la posibilidad de impulsar otros mecanismos para conocer las posiciones ante los temas políticos y sociales de los ciudadanos.

Para nada se intenta deslegitimar a las encuestas como instrumento válido para el estudio de la realidad, sino problematizar el hecho de que sean el único insumo de los dirigentes políticos para el conocimiento de la ciudadanía, sus demandas, inquietudes, comportamientos, etc.

Esta distancia crítica se hace necesaria en un sistema en el cual los niveles de interés de la ciudadanía en los temas políticos está decreciendo, y a su vez parecen estar dadas las condiciones para que la complejidad cognoscitiva con que los individuos forman sus actitudes políticas sea disminuida.

No se puede afirmar que el sistema democrático uruguayo haya sido en algún momento plenamente participativo, pero sí que en los momentos de auge de las organizaciones de base de los partidos políticos existió un vínculo más estrecho entre los ciudadanos y las estructuras partidarias. Lo que sí se puede afirmar es que los procesos de mediatización de la política, de pérdida de centralidad de

los órganos de base y los cambios que esto provoca en las actitudes políticas de los individuos, pautan la tendencia de la democracia uruguaya hacia un tipo electoralista.

El primer aspecto que caracteriza a este sistema es que los ciudadanos son cada vez más solamente electores, disminuyendo el número de militantes y simpatizantes de los partidos. Esto implica que vayan desapareciendo los estímulos políticos provenientes de los órganos de base, y que por lo tanto cada vez más los individuos construyan sus actitudes políticas teniendo como únicos insumos los estímulos provenientes de la comunicación masiva y en especial la televisiva. Las características específicas de este tipo de comunicación política sientan las bases para una posible reducción de la complejidad de los razonamientos con que los sujetos procesan la información política. A su vez esta complejidad cognoscitiva también puede verse reducida por la activación de esquemas políticos que los individuos construyen a través del proceso de traslación de la política (esquema de extrañamiento) y de la pérdida de confianza en la actividad política para la resolución de problemas ya sean particulares o del país (esquema de ineficiencia). A través de estos mecanismos, los individuos están más propensos a generar actitudes negativas hacia los indicadores que hacen a la posición de los ciudadanos ante la política, o sea desinterés en asuntos políticos, apatía hacia los dirigentes políticos, desconfianza en la eficiencia de la actividad política y un debilitamiento en las adhesiones partidarias.

Algunas reflexiones finales.

Las conclusiones las dejamos para más adelante. Tal vez para una elaboración colectiva con todos los que quieran participar en la discusión planteada.

Esperamos haber conseguido el objetivo de este documento que no es más que motivar e invitar a la reflexión de algunos temas trascendentales, que como se dice en alguna parte del documento tiene que ver con el “deber ser” de nuestra democracia. Estamos seguros que estos temas son de atención y preocupación de todos, no solo para tomar posición ante los mismos sino también para llamarnos y llamar a la acción a los diferentes actores.

Sin duda somos proclives a la creación de ámbitos de participación ciudadana que influyan en las decisiones y en la construcción del cambio, pero somos concientes de que esto no es sencillo. Debemos además de otorgarle un papel central a los partidos y sus estructuras, reconocer los cambios que se han dado en nuestra sociedad (que intentamos describir aquí sin pretensiones de ser exhaustivos), tomando en cuenta la dimensión de la vida cotidiana y la pérdida de centralidad de la política en ella. Tenemos que pensar tal vez en otras formas de relacionamiento, en un mayor uso de las nuevas tecnologías de la información, pero sobre todas las cosas debemos investigar y ser creativos para crear nuevas formas de involucramiento de los ciudadanos con la política. Esto tiene vital trascendencia cuando consideramos las nuevas generaciones, asumir la existencia de un quiebre generacional en la forma de interpretar el mundo puede ser el inicio para encontrar respuestas, y sobre todo para convencernos que tal vez algunas de las estructuras y prácticas tradicionales de participación e involucramiento ya no tengan efecto sobre los jóvenes. Debemos entonces crear nuevas formas.

Álvaro Méndez

